

“La belleza es el resplandor de la verdad” (Antoni Gaudí)



Antoni Gaudí i Cornet (Reus, 1852-Barcelona, 1926), máximo representante del modernismo catalán, fue un arquitecto con un sentido innato de la geometría y el volumen, así como una gran capacidad imaginativa, que le permitía proyectar mentalmente la mayoría de sus obras antes de pasarlas a planos. De hecho, pocas veces realizaba planos detallados de sus obras; prefería recrearlos sobre maquetas tridimensionales, moldeando todos los detalles, según los iba ideando mentalmente.

Dotado de una fuerte intuición y capacidad creativa, concebía sus edificios de forma. Estudiaba hasta el más mínimo detalle de sus creaciones, integrando en la arquitectura toda una serie de trabajos artesanales que dominaba él mismo a la perfección: cerámica, vidriería, forja de hierro, carpintería, etc. Asimismo, introdujo nuevas técnicas en el tratamiento de los materiales, como su famoso “trencadís” hecho con piezas de cerámica de desecho.

Tras una primera época de influencia neogótica y orientalizante, Gaudí desembocó en el modernismo en su época de mayor efervescencia, entre finales del siglo XIX y principios del XX, creando un estilo muy personal, basado en la observación de la naturaleza.

Su arquitectura está marcada por un fuerte sello personal, caracterizada por nuevas soluciones estructurales. Mediante la práctica de nuevas y originales soluciones, la obra de Gaudí culminará en un estilo orgánico, inspirado en la naturaleza, pero sin perder la experiencia aportada por estilos anteriores, generando una obra arquitectónica, que es una simbiosis perfecta de la tradición y la innovación. Asimismo, toda su obra está marcada por las que fueron sus cuatro grandes pasiones en la vida: la arquitectura, la naturaleza, la religión y el amor a Cataluña.

Desde 1915 se dedica por entero a la Sagrada Familia. Gaudí confiesa a sus colaboradores: “Mis grandes amigos están muertos; no tengo familia, ni clientes, ni fortuna, ni nada. Así puedo entregarme totalmente al Templo”, la “Catedral de los pobres” –como se conocía–, para la que incluso él mismo llegará a pedir limosna para poder continuar con las obras.

Gaudí vivió dedicado por completo a su profesión y a su profunda religiosidad. Vivía en la más estricta sencillez, comiendo con frugalidad, vistiendo trajes viejos y gastados, tanto que a veces lo tomaban por mendigo, como por desgracia pasó en el momento del accidente que le provocó la muerte.

La obra de Gaudí ha alcanzado una amplia difusión internacional, siendo innumerables los estudios dedicados a su forma de entender la arquitectura. Entre 1984 y 2005 siete de sus obras han sido consideradas Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. La Sagrada Familia es actualmente uno de los monumentos más visitados de España.

En efecto, Gaudí es una realización ejemplar de la idea de san Juan Pablo II de que la fe sólo está plenamente vivida cuando se transforma en cultura. Es lo opuesto al relativismo. Gaudí repetía que “la belleza es el resplandor de la Verdad”; creía en la Verdad, absoluta e independiente de quienes la buscan; su trabajo de artista consistía precisamente en moldear la materia finita, hasta que la luz de la Verdad infinita pudiera ser vista en ella por todos los demás hombres. Gaudí es el arquetipo de la “alianza entre el Evangelio y el arte”, que propugnaba Juan Pablo II en su Carta a los Artistas (1999). Benedicto XVI la enriqueció en el Discurso de la Capilla Sixtina (2009) con la tesis de que el camino de la Belleza es un itinerario de fe, de búsqueda teológica, que acaba hallando el Todo en el fragmento, el Infinito en lo finito. Una tesis que le podría haber dictado Gaudí.

La arquitectura de Gaudí, como la música de Bach, eleva a Dios indistintamente a católicos y a luteranos. Es lógico, pues el arquitecto quería vivir personalmente como uno de los primeros cristianos y deseaba con su obra mostrar a la sociedad progresista industrial la Iglesia primitiva. Cuando le acusaban de estar alzando anacrónicamente la última de las catedrales, replicaba: “Quizá será la primera de la segunda etapa”.

La Iglesia ha contado con las mejores obras artísticas de cada generación, pero entre los santos de la Iglesia católica no contamos con un gran artista de fama mundial. Juan Pablo II quiso reparar esta injusticia, y beatificó en 1982 a fray Angélico, nombrándolo patrono de los artistas. Con todo, fray Angélico es del siglo XV y fraile dominico. Gaudí era “sólo” un artista. Un día Juan Pablo II preguntó: “Este Gaudí, ¿es laico?”. Y el proceso canónico se abrió el 12 de abril de 2000.

Bibliografía

- Bassegoda i Nonell, J., *Gaudí o espacio, luz y equilibrio*, Madrid: Criterio, 2002.
Ramírez, J. A., *Gaudí: La arquitectura como obra de arte total*, Anaya, 1992.
Sotoo, E., *La libertad vertical*, Madrid: Encuentro, 2011
V.V. A.A., *La Sagrada Familia de Gaudí. El templo expiatorio desde sus orígenes hasta hoy*, Barcelona: Lunwerg, 2010.
Sotoo, E. y Almuzara, J. M., *De la piedra al maestro*, Madrid: Palabra, 2015.
Mario Lacruz, M., *Gaudí: la novela de una vida*, Barcelona: Funambulista, 2014.

Webgrafía

- <http://www.antonigaudi.org>
<https://www.casabatllo.es/antoni-gaudi/>
<http://www.sagradafamilia.org/es/antoni-gaudi/>

Impresionante vídeo: “Gaudí, el arquitecto de Dios”:
<https://www.youtube.com/watch?v=ImMaCixXFVc>